



Aquí, junto á la casa en que tengo mi albergue del destierro, junto á esta jaula de pensión parisienso—*family hotel*, en inglés—, tengo un pequeño parque, un parquecito chiquitín y recogido, de familia también, un parquecito provinciano. Es la plaza de los Estados Unidos.

No le cruza ni le bordea tranvía ni autobús, no hay á su vista estación alguna del metropolitano y son pocos los *autos* que rompen el susurro de su esotero. Hay horas en que se puede soñar en él sin miedo á que le rompan á uno el sueño los que sueñan estar despiertos, los sedicentes dinámicos.

De un lado, del lado que da mi jaula, se alza un monumento, bastante ramplón, en que aparecen dándose la manos en el tablado, ante el público modesto y sensible, Lafayette y Washington, en bronce, y el letrero dice que es homenaje de Francia en reconocimiento de su generoso concurso en la lucha de los Estados Unidos por la independencia y la libertad. Al pie del monumento unas flores rojas agonizan en este fin de estío anegado en lluvia.

Más dentro del parquecito, al pie de unos castaños de Indias, se alza un lamentable bloque de mármol al que corona un busto de un señor con patillas, y en medio del bloque un medallón con una cabeza de perfil. Debajo de esta segunda dice: «Paul Bert», y debajo del busto: «Horacio Wells, renovador de la anestesia quirúrgica, 1844-1848.» Los gorriones picotean las bolitas de miga de pan que les echo en torno del busto mármoleo del renovador de la anestesia quirúrgica. Paul Bert no mira á ninguna parte.

Más abajo, al otro extremo del parquecito, otro monumento parqueseo. Un soldado francés y otro de los Estados Unidos de la América del Norte—¿cómo le llamaremos? ¿Estadouninse? ¿Norteamericano? ¿Yanqui?—se dan las manos, también en tablado y ante el público modesto y sensible, y detrás de ellos una comedante disfrazada de ángel—ó ángela—, y con alas estilizadas, como de mariposa monumental egipcia, los junta.

A este parquecito suelo bajar, enteramente solo—pero ¿con qué compañía dentro!—, cuando quiero arar y binar mi soledad parisienso, cuando quiero heñir mi morriña, ó amasar mi nostalgia, si es que así lo creéis más claro por menos español. Y allí, en estos días en que empiezan á caer, amarillas ya, las hojas de los árboles, como yo enjaulados—ellos en el parquecito; yo en la pensión—, allí, sin tener que cerrar los ojos, sueño y re veo aquel Campo de San Francisco, de mi Salamanca, donde tantos ensueños he brizado, donde tantos porvenires he soñado! Porvenires míos y de los míos, porvenires de mi Salamanca, porvenires de mi España.

Allí, en aquel bendito Campo de San Francisco, campo franciscano, en aquel rincón de romanso, donde he oído tantas veces el rumor de las aguas eternas, ¡allí sí que estaba en el centro del

Universo! Allí me ha llevado muchas veces mi hermano del alma, Cándido Pinilla, el ciego vidente, á oír al ruiseñor. A oír al ruiseñor que cantaba en los árboles enclaustrados, á oír, sobre todo, al ruiseñor que cantaba dentro de nosotros. ¡Y á ver! El, el ciego, me llevaba á mí, á su lazarillo, á ver. ¡Y veíamos! Veíamos el tras-porvenir, lo que está más allá de todo lo que está por venir, y que es lo que estaba antes de todo lo que ha venido y pasado, lo que está debajo y encima de lo que pasa, lo que lo envuelve, la augusta forma eterna.

Allí, en aquel franciscano Campo de San Francisco de Salamanca—¡ay, mi Salamanca, y qué tuyo me has hecho!—, allí no hay—todavía no los hay, gracias á San Francisco!—monumentos, ni de bronce, ni de mármol; ningún cómico disfrazado de héroe ha sido reproducido allí. El que hizo de Colón, el que figuró Fray Luis, el que posó de Maldonado el comunero, el Padre Cámara, obispo que fué y representó, se han ido á otros rincones de la ciudad. Pero allí, al lado, en la capilla de la Veracruz eterniza la expresión del dolor sobrehumano la Dolorosa de Corral. Y después de amamantar los ojos con la visión de aquellos ojos que crean el cielo y de digerir el símbolo de aquel corazón atravesado por siete espadas y de sentir el vuelo silencioso y quieto de aquellas manos, ¿con cuán otra alma se ven caer las hojas otoñales en aquel campito enclaustrado! La capilla es un estallido de barroco; toda ella embutida de talla dorada. Y al salir del molino de sus volutas doradas, ¿con cuán otra alma ve uno caer y rodar por la tierra, entre las flores mustias, las hojas doradas del dorado otoño de la Salamanca de oro! Y en este fin del otoño de mi vida, otoño dorado también, cuando siento ya el aire del blanco invierno—blanco y negro á la vez; negro con capa blanca—, que me viene del porvenir, no del pasado, en este fin del otoño de mi vida, ¿cómo te aprieto contra el corazón en este parquecito parisienso, en esta plaza de los Estados Unidos, franciscano Campo de San Francisco de mi dorada Salamanca!

Ya estarán, amigo Cándido, cayendo las hojas en aquel campo de nuestros ruiseñores. ¿Has ido á oírlas caer? También las oye caer la Dolorosa de la Veracruz. Y también oigo caer yo, desde aquí, cuando desde esta mi jaula del destierro bajo al parquecito vecino, bajo á heñir en él mi morriña. Y sueño en el porvenir de nuestra España y en dormir el sueño de la libertad final, arropado en tierra española y bajo el cielo que alumbrá y calienta el suelo de nuestros muertos.

¿Muertos? Hay quienes no gustan oír de ellos. Lafayette y Washington no son muertos. No lo son Colón, ni Fray Luis, ni el comunero Maldonado, ni el Padre Cámara. Y esto gracias al teatro, que es la historia. Y en este teatro se ha inventado una anestesia quirúrgica para el alma. ¿No es verdad, querido Cándido?

MIGUEL DE UNAMUNO



La Puerta del Ric y el barrio de las Tenerías, de Salamanca